

Sometido, rendido.

Subyugado y humillado, la magia de sus cadenas rasgándole la voluntad y la piel, abriendo nuevas heridas en las heridas abiertas, llorando agonía, gimiendo sangre.

Rodeado de los despojos de sus sueños malogrados, de su esperanza perdida, yacía ahora rendido y destrozado, acariciando los rescoldos de su destino demorado, de la herencia que esperaba desesperando, clamando por él.

Durante una eternidad tan breve como un suspiro se debatió contra sus ataduras, se retorció en el fuego del dolor y la frustración, de los sueños rotos y las promesas no cumplidas.

Y odió.

Odió con la fuerza del viento, con el poder del mar, con la infinita paciencia de la tierra que lo ataba a esa realidad que aborrecía.

Sometido y subyugado.

Humillado.

Pero no vencido.

El odio daba nuevas alas a sus esperanzas, alentaba su espíritu, renovaba sus fuerzas. No todo estaba perdido. Solo habían podido contenerlo, limitarlo apenas, retrasar lo inevitable. Y no lo habían visto todo. No lo sabían todo. No podían someterlo todo.

Sus fuerzas crecerían al crecer el nuevo ciclo y el juego eterno no había hecho sino comenzar.

Y él perduraría en las llamas.

PARTE I

Ahora mismo no me encuentro, pero me estoy buscando

1

La pálida luz de una luna tímida y creciente iluminaba el claro del bosque, arropándolo con su frío resplandor de plata y noche.

Con los pies descalzos sobre la hierba bendecida por el rocío, Niall sentía la esencia del bosque fluir a través de su cuerpo; criaturas que se arrastraban, que volaban, que corrían; presas que perecían bajo las garras de un cazador y cazadores que se convertían en cazados. El ciclo inacabable, el cambio, la magia de la vida y la muerte.

El olor del aire traía consigo el recuerdo de la lluvia, y eso, lejos de incomodarlo, lo hizo sentir todavía más vivo, más tranquilo.

—Adoro la lluvia —sonrió, hablándole a nadie en particular y a todas las criaturas del bosque en general.

Pero no iba a poder quedarse a esperarla, se dijo a sí mismo con un hondo suspiro. Ya había repuesto fuerzas gracias a la naturaleza que lo rodeaba, y ahora tocaba volver al trabajo... Y a los problemas. Y el maldito Aidan perdido en el Limbo durante quién sabía cuánto tiempo, mientras él tenía que usar todas sus reservas para intentar retrasar lo inevitable en un auténtico ejercicio de futilidad.

—Se me da fatal la magia de protección, *deartháir* —masculló mientras echaba a andar de regreso a casa. Molesto, pateó una piedra indefensa que tuvo la mala fortuna de encontrarse en su camino y alzó la vista hacia los cielos, como si el Limbo fuera un lugar físico que se escondiera tras las estrellas—. Me agota y no consigo nada. —Hundió las manos en los bolsillos de sus ajados pantalones vaqueros y siguió su camino—. Y Roi se está machacando y me pone muy nervioso. Joder, odio cuando se pone agónías y lo sabes. Y como la chica la palme, verás qué risa, *fiordbraoi*. Que ya sabes cómo es... Y no sé por qué hostias estoy hablando contigo si no puedes escucharme. Este maldito trabajo está acabando con mis nervios.

Y acabaría con los nervios de cualquiera. Desde que habían llegado al pueblo no habían encontrado más que dificultades. Lo que

parecía una tarea sencilla —encontrar a quien había causado la ruptura en el Velo, repararlo y seguir adelante— se había convertido en un lío del tamaño de un bosque tropical. A pesar de que Aidan había encontrado a su mujer y, con ella, toda su magia, casi había perdido la vida siguiendo una pista que los ayudara a aclarar el embrollo; todavía no sabían qué o quién era el que acechaba desde el Otro Lado, y un simple ritual de atadura había dejado a Laura, una de las chicas, al borde de la muerte, por culpa de un puñado de asquerosos *canes de urco*.

Una tarea sencilla, sí. Ya.

Para serenarse, rozó con la punta de los dedos el tronco de un árbol hendido por un rayo y, pocos segundos después, nuevos brotes surgieron de sus formas retorcidas. Las sombras de la noche, expectantes, se agitaron con inquieta avidez. Se encogió de hombros con indiferencia.

—Sí, ya sé —respondió a la pregunta que Aidan no podía formularle—. Pero, total, ya está jodida. Un poco más, ¿qué más da?

Casi sin darse cuenta llegó a las lindes del bosque y divisó la imponente silueta del pazo. Se recortaba contra el oscuro cielo, preludio de una tormenta inminente, y pudo ver cómo las protecciones que Aidan había colocado rodeándolo apenas contenían las fieras sombras que buscaban a la chica. Con mucha suerte, resistirían un día más.

Después de eso, los problemas que ya tenían se multiplicarían por un número demasiado largo para calcularlo de memoria, mientras que las probabilidades de ella se reducirían de forma drástica. Tan drástica que, si fueran cero, Niall pensaría que había motivos para ser optimista.

Intentando controlar su creciente mal humor, entró en la casa y se dirigió sin vacilar al piso superior. Si quería una prueba más de que estaban bien jodidos, el que las gemelas no hubieran salido a recibirlo ya sería bastante.

Se dirigió a la habitación en la que descansaba Laura, y no se sorprendió lo más mínimo al encontrarse a Roi velándola con expresión fiera y torturada. A quien no vio fue a la meiga. Y esperaba encontrarla, porque un plan estaba empezando a tomar forma en su mente y la necesitaba para llevarlo a cabo. No le importó demasiado. Unos minutos más no perjudicarían a nadie, por mucho que para la breve vida de un humano un minuto fuera una eternidad.

Sin alzar la vista de la chica, su amigo suspiró.

—Las runas se están borrando —informó en un tono tan neutro que, a la fuerza, tenía que ser falso—. Te advertí de que debías usar tatuajes.

—Esos eran tatuajes, *a'chara* —replicó Niall.

Roi alzó la cabeza de golpe para clavar en él una mirada cargada de acero, en lugar del oro que solía adornarla.

—Si es una broma, no tiene gracia —escupió.

—¿Bromearía yo sobre algo así? —inquirió Niall, disimulando una sonrisa que incluso él sabía que su colega no iba a apreciar. Tal y como esperaba, este lo miró con incrédulo reproche—. Vale, sí, lo haría. Pero no, no bromeaba. Eran tatuajes. —Se aproximó a la cama y giró las muñecas de la chica inconsciente. Los tatuajes se mantenían, pero, tal y como había señalado Roi, estaban empezando a desvanecerse. En realidad, se lo esperaba—. Ya te dije que la magia de protección no es lo mío. Y no te culpes —añadió en tono seco.

—Fue culpa mía —murmuró Roi, volviendo a clavar sus ojos en la chica. Apartó un mechón de pelo de su frente y sacudió la cabeza como queriendo apartar una idea incómoda.

—No, no lo fue —replicó Niall en tono práctico—. Hiciste lo que pudiste, y lo hiciste bien.

—¿Y de qué me va a servir ese consuelo si ella muere? —masculló Roi.

—Los humanos mueren, *a'chara*. Si no es hoy, será mañana o dentro de cincuenta años, pero morirá. Va implícito en su condición —intentó animarlo Niall.

Pero, como siempre que intentaba animar a alguien, no funcionó.

—Eres un maldito psicópata —espetó Roi, poniéndose en pie con actitud claramente agresiva.

—Oh, vamos, hombre, por favor —rio su amigo—. ¿En serio quieres pelea? Acabo de volver del bosque y tú estás en las últimas. Dejando al margen que eso no ayudaría en nada a tu amiguita —añadió con lógica implacable.

Roi se frenó en seco, conteniéndose, con los puños apretados bajo el encaje inmaculado de su camisa. Después de unos minutos de evidente debate interno, al que Niall asistió con absoluta despreocupación, inspiró con fuerza y lo miró a los ojos.

—Intenta ser un poco menos *tú*, ¿de acuerdo? —pidió con una brusquedad impropia de él—. Sé que no... —vaciló—, que no sentirías su muerte como la podría sentir un humano, pero...

—Tú no eres humano —lo interrumpió Niall, viendo por dónde iba a ir una conversación que ya habían mantenido mil veces a lo largo de los años. De los siglos.

—Pero lo fui una vez —replicó Roi, siguiendo al pie de la letra ese guion que habían ensayado una y mil veces.

—Lo que ha sido ya no es y lo que no permanece muta. El ciclo es perpetuo, *a'chara*. Movimiento frente a inmutabilidad.

Roi se mesó el cabello con desesperación. Comprendía. Comprendía más que muchos, pero su testarudez le impedía librarse de sus cadenas y pensar con libertad. Niall no se alteró por ello; llevaba demasiado tiempo a su lado, y sabía que su equilibrio los hacía avanzar a todos.

—¿Por qué es más fácil hablar con Aidan? —murmuró Roi casi para sí mismo—. ¿Por qué él lo entiende mejor que tú? —añadió, ya en su dirección—. Es *Tuatha Dé*, al fin y al cabo. Debería ser más tú que... —Alzó la mano en un elegante gesto de negación que agitó la espuma de sus mangas—. Más tú que tú mismo. Pero entiende mejor.

—El río no entiende a la piedra, *a'chara*, sin embargo, consigue sortearla. —Niall alzó la mano desechando la idea con un gesto indiferente—. Y la doble naturaleza de Aidan siempre le ha otorgado un don para fluir. Comprender no es crear, es avanzar.

Roi dejó escapar un resoplido, mezcla de indignación y hastío.

—Haznos un favor a los dos, mi querido amigo, y ahórranos tus máximas de pensamiento *sídlbe*, ¿de acuerdo?

Niall sonrió al ver que su amigo, gracias a la confrontación, volvía a comportarse como... bueno, como él: un gilipollas estirado que hablaba con revueltas infinitas. Así que decidió mostrarse un poco menos como él mismo, e intentó imitar la actitud que Aidan llevaba tantísimo tiempo intentando inculcarle.

—Es importante para ti, ¿verdad? —inquirió Niall con suavidad—. Que se salve —añadió de forma innecesaria.

Roi asintió, antes de volver junto a la cama, dejándose caer en el sillón con aire de derrota.

—Sí. Sé que no lo entiendes, así que no te lo explicaré, pero sí —muscitó.

—Pues haré todo lo posible, ¿de acuerdo? —Su amigo esbozó una sonrisa irónica sin molestarse en mirarlo—. Lo digo en serio, *a'chara*. Sé que tenemos nuestras diferencias, pero cuidamos unos de los otros. —Antes de que Roi pudiera detenerse a descifrar sus

palabras, o a pensar en lo que podía hacer a continuación, prosiguió—: ¿Dónde está la meiga?

—Descansando —respondió Roi al cabo de unos instantes—. Me ha costado un mundo convencerla, pero por fin he conseguido que duerma un poco.

—Bien —asintió Niall, girándose a tiempo de que Roi no llegara a ver su sonrisa depredadora.

2

—Te necesito, meiga.

Atrapada entre el sueño y la vigilia, Marta podía sentir cómo esa voz se deslizaba por su piel como miel caliente, como caramelo sobre helado, como la lengua de un amante complaciente. Presa en ese instante mágico, en esa espera expectante entre lo onírico y lo real, podía permitirse disfrutar del hechizo de sus cadencias y recordar la belleza irreal de su propietario, con su rostro de ángel caído, sus rizos dorados y los iris de ese azul clarísimo, imposible.

En cuanto abriera los ojos, todas sus barreras deberían alzarse de nuevo para protegerla, para permitirle considerarlo tan solo su maestro y su amigo, una criatura tan distinta a ella como ella podía serlo de un pez.

—Vamos, despierta —volvió a susurrar ese suave acento que prometía todos los pecados conocidos e incluso alguno en el que Marta jamás se había permitido pensar.

Ella gimió en protesta, deseando no despertar. Quería seguir escuchando, disfrutando, modelando la realidad a su antojo como solo podía hacerse en esos instantes de lúcida somnolencia; cuando era capaz de someter sus ensoñaciones a los dictados de la mente consciente; cuando lograba recordar cómo él le susurraba tentaciones al oído y conseguía creerlas.

«Libera tus barreras, meiga, la magia no tiene moral, tú tampoco debes tenerla».

«El bien y el mal son conceptos humanos, brujita. Olvídate de ellos y tu magia será libre».

Quería ser libre. O no. Quería ser fuerte, quería ser mágica, quería complacerlo... Pero no podía.

—Meiga, tu amiga necesita ayuda —insistió Niall en un tono ahora más perentorio que acariciador—. Laura te necesita.

Los párpados que tanto se había esforzado en mantener cerrados se abrieron de golpe para enfrentarse a la realidad. Laura. Laura corría peligro, la necesitaba.

Lo primero que vio fue el rostro que la había perseguido en sueños, demasiado cerca de sus labios para su salud mental. Parpadeó confusa y por fin consiguió establecer las conexiones mentales necesarias para hablar.

—¿Niall? ¿Laura está bien? Me he dormido, yo... —Reptó hacia atrás, intentando incorporarse, todavía adormecida y medio mareada.

—No, no está bien —replicó Niall, apartándose para permitirle salir de la cama. Tendió una mano hacia ella y tiró hasta ponerla en pie junto a él—. Vamos, meiga, tenemos trabajo que hacer. Tenemos que ir al bosque.

—¿Al bosque? —se sorprendió—. Me has dicho que Laura no estaba bien, ¿qué vamos a hacer en el...?

—Vamos a ver si podemos fortalecer las runas que le he tatuado —respondió el hada con evidente impaciencia—. Mi magia de protección es muy débil y te necesito para llevar a cabo un ritual —explicó de forma acelerada, probablemente porque ella seguía mirándolo como si acabara de crecerle otra cabeza—. No tenemos mucho tiempo —la instó.

—Sí, vale —balbuceó, arrollada por el peso de sus explicaciones—. Déjame que me vista y yo...

Niall la miró de la cabeza a los pies, desde sus calcetines de florecitas hasta el revuelto cabello, pasando por el arrugado vestido que no se había animado a quitarse para dormir. Si fuera otro hombre, podría haberse sentido halagada, o avergonzada, o quizá podría haberlo tomado como una invitación. Viniendo de él, solo vio un escrutinio desinteresado para decidir si realmente merecía la pena esperar.

—No hace falta. Vamos —decidió por fin, arrastrándola hacia la puerta.

—¡Espera! —se resistió Marta. El hada se detuvo a regañadientes, con una expresión que decía a voz en grito que, si no lo convencía en los siguientes cinco segundos, iba a seguir caminando con o sin su aprobación—. No puedo salir al bosque descalza —declaró, soltándose de su mano.

Rebuscó bajo la cama y se calzó las botas, que ató con gestos apresurados. Apenas había conseguido sujetar los cordones de la segunda, cuando Niall perdió la paciencia y la sacó a rastras de la habitación, haciendo oídos sordos a sus gritos de protesta.

Poco después caminaba tras él hacia las profundidades del bosque, con la lluvia calando su fino vestido de otoño y el barro apel-

mazando los cordones de las botas que él no le había permitido atarse en condiciones.

Marta no era una persona dada al mal humor, pero corretear tras alguien que tenía las piernas muchísimo más largas que ella —y que no hacía ningún esfuerzo por adaptar su paso— la estaba poniendo al borde de un ataque de nervios. Y más teniendo en cuenta que el susodicho «piernaslargas» canturreaba feliz, como si la lluvia pudiera ser considerada una bendición en un lugar en el que llovía más de doscientos días al año.

Dejó escapar un hondo suspiro y se recordó una vez más que él era distinto, que disfrutaba de la lluvia, las tormentas y la naturaleza en estado puro, y cuanto más salvajes mejor. E incluso hacía algo más que disfrutar: para él, eso era vida, era energía y comunión, hasta un punto que ella no se sentía capaz de comprender, por mucho que él intentara explicarle que su propia magia, todavía bisona e incontrolable, dependía de ese tipo de cosas.

Niall se detuvo y se giró hacia ella, animándola con una inmensa sonrisa. Marta apretó los dientes y se forzó a recordar los consejos de sus amigas, a superar el embrujo de su imagen. Pero era tan hermoso que casi dolía mirarlo, y más cuando en su rostro bailaba esa sonrisa infantil, encantada, que siempre mostraba al mundo cuando estaba en su elemento, cuando permitía que su magia volara libre o estaba a punto de permitirlo.

«Sí, es una monada —resonó la voz de Diana en su cabeza—, pero en su acervo genético hay un par de tiburones, varias pirañas y seis o siete clases distintas de serpientes venenosas, Marta. Es un depredador y tú, nena, eres una ovejita».

«No piensa como nosotros, Marta —la advirtió Laura—. No tiene moral. Ni siquiera sabe lo que es eso».

Y en algún sitio muy profundo en su interior, enterrado bajo capas y capas de estúpida bondad, de cortesía y dulzura, de ese optimismo que la hacía pensar bien de todo el mundo y justificar casi todo, sabía que tenían razón.

Niall *era* diferente y Marta lo sabía mejor que nadie. Escuchaba sus consejos y sospechaba lo que se escondía tras ellos; aprendía a usar su magia gracias a él y podía ver a qué la llevaría seguir sus indicaciones sin reservas. Él no entendía su moral humana, de la que se reía a carcajadas, porque para él no existían conceptos como el bien y el mal. O, al menos, no como fuerzas contrapuestas, sino como iguales necesarios junto a la tercera fuerza: la neutralidad.

Marta podía llegar a comprender casi de puntillas la manera de pensar de Niall, pero jamás conseguiría seguirla hasta sus últimas consecuencias, o abarcar el modo en que procesaba su mente.

«Y es por eso que jamás liberarás tu magia. Estás ciega y solo ves una parte de la realidad».

La voz de Niall, su crítica, resonó en su cabeza como una advertencia que la ayudó a esquivar la inevitable atracción que sentía por su belleza.

—Vamos, brujita —la animó él, tendiendo una mano que Marta aceptó porque, sin más, no se sentía capaz de rechazar eso también—. Ya no falta mucho —informó en tono alegre.

—¿Dónde vamos? —preguntó, mientras estudiaba el bosque a su alrededor, intentando encontrar un punto de referencia que le diera alguna pista de dónde se hallaba.

—Ahora lo verás —volvió a sonreír Niall. La arrastró a través de los árboles, bajo la lluvia y la luz tenue de la luna durante una eternidad. Por fin, llegaron a un claro que no aparecía en el mapa que ella llevaba dibujando toda la vida en su cabeza, y se detuvo en el centro, con las manos sobre sus hombros y esa sonrisa que parecía iluminar la noche—. Hemos llegado. ¿Puedes sentirlo?

—¿Sentir qué? —inquirió ella, confusa.

El hada dejó escapar un bufido despectivo.

—Vamos, meiga, cierra los ojos y mira con esa parte de ti que no es un cachorrito humano —la animó.

Ella obedeció. Cerró los ojos y se concentró en encontrar esa parte de sí misma que el *biosbardo*, Carlitos, la había ayudado a liberar hacía lo que ahora parecía una eternidad. Se olvidó de la lluvia, de las manos de Niall que todavía reposaban cálidas sobre sus hombros e intentó olvidarse hasta de su misma existencia, para dejar sitio a la magia que habitaba en ella.

Y lo sintió.

Muy débil al principio, pero ganando fuerza a medida que intentaba perseguirla, latía una sensación, una energía distinta, más pura, más poderosa. Feroz y femenina, violenta y sagaz, parecía contener toda la sabiduría y todos los hechizos del mundo. Era antigua, más antigua que el tiempo, y la llamaba, la seducía y la poseía. No intentaba hacerla suya, reclamarla, porque ya lo era, y lo había sido siempre.

Con la piel hormigueando y los sentidos colapsados, abrió los ojos y se encontró devolviéndole a Niall su abierta sonrisa.

—¿Qué es? —preguntó en un susurro, temiendo que un tono más alto espantara lo que acababa de percibir.

—Es su fuerza —sonrió él—. La magia de la Diosa. Si en algún sitio puede escucharnos, tiene que ser aquí. Si es que está de humor, claro —añadió con una expresión irónica que a ella se le antojó un tanto hereje.

—¿Vamos a invocar a Danu? —preguntó Marta con voz temblorosa.

—No pongas esa cara, brujita —rió el hada—. Será divertido, ya verás.

Divertido. De todas las palabras que habían acudido a la mente de Marta al pensar que iban a intentar invocar a la Diosa, divertido no era la última, pero sí estaba muy cerca de las diez últimas. Sacudió la cabeza, desistiendo una vez más —y ya iban millones— de entender la absurda manera de pensar de los *Tuatha Dé* y los *sídhe*, y dio un salto de fe hacia la sonrisa de Niall.

—¿Vamos a pedirle que ayude a Laura? —inquirió—. ¿Puede hacerlo?

—Claro que puede —contestó Niall, distraído, mientras la ayudaba a tomar asiento en la húmeda hierba. La lluvia parecía haberles dado un respiro, pero amenazaba con volver con más fuerza en cualquier momento y ella intentó no pensar en cómo iban a terminar su vestido... o sus defensas—. Pedirá algo a cambio, claro, pero no te preocupes por eso —añadió al ver que lo miraba con aprensión. Marta había leído demasiado sobre rituales célticos en los últimos tiempos y las palabras «sacrificio humano» resonaron con fuerza por cada rincón disponible de su mente—. No rechazará lo que le vamos a ofrecer. Es su ofrenda favorita, al fin y al cabo. Ahora calla y concéntrate —la interrumpió antes de que ella llegara a formular su siguiente pregunta—. Solo tienes que sentir su magia y dejarte llevar. Yo haré el resto.

Se sentó frente a ella, con las piernas cruzadas en la postura del loto y los ojos cerrados. La sonrisa seguía bailando en sus labios cuando le recordó con un veloz susurro que se concentrara y siguiera su ejemplo.

Durante unos minutos eternos, no pasó nada. Marta sentía la magia del claro fluyendo a través de su cuerpo, pero ningún cambio, ningún movimiento, ninguna señal.

Y, entonces, fue como si alguien subiera el volumen hasta el punto de reventarle los tímpanos.

Toda esa suave vibración que la recorría, y que llamaba a su naturaleza de meiga, se elevó mil enteros y la golpeó con la fuerza de una galerna. Cada una de sus terminaciones nerviosas enloqueció, debatiéndose entre el placer y el dolor, entre la risa y el llanto, entre el delirio y la angustia.

Todas las emociones humanas —y alguna que ni siquiera reconocía— se agolparon en su interior, sacudiendo hasta los cimientos de su existencia y, de pronto, desaparecieron y solo quedó paz. Una paz infinita, inabarcable, preparada para escuchar y recibir. Como si la Diosa se hubiera abierto paso en su interior apartando todo lo innecesario, y ahora solo estuviera su serena presencia llenándola por completo.

Oyó la risa encantada de Niall y se dispuso a escuchar un ruego solemne.

No podía haber estado más equivocada.

Niall hablaba en gaélico y Marta no podía entender sus palabras, pero su tono no era respetuoso ni sumiso. Más bien parecía estar sosteniendo una charla con una vieja amiga que hacía mucho que no había visto y a quien se alegraba de tener de nuevo al alcance de su voz y sus sentidos.

La Diosa respondía en igual tono, con un matiz juguetón y coqueto que Niall no tardó en imitar. Después de unas cuantas frases, unas cuantas risas y lo que Marta estaba segura de que habían sido unos cuantos coqueteos más o menos frívolos, la presencia de la Diosa se escabulló tan rápidamente como había llegado, dejándola aturdida y desorientada, temerosa de mirar y descubrir que el mundo había cambiado a su alrededor.

—Vamos, brujita, abre los ojos, no seas cobarde —rio Niall. Ella parpadeó y se encontró contemplando la enorme sonrisa del hada—. Listo. Me ha llevado un poco regatear con ella, pero va a reforzar las protecciones de tu amiga y de la casa.

—¿Y aguantarán hasta que vuelva Aidan? —preguntó Marta, esperanzada. Habían invocado a una diosa y habían salvado a su amiga, ¿qué más podía pedir?

—Aguantarán hasta el fin de los tiempos y el nuevo comienzo —replicó Niall con una carcajada—. Siempre y cuando se realice el ritual al completo... —añadió con intención.

—Oh, claro —aceptó Marta—. El ritual. ¿Qué? Quiero decir...

Antes de que pudiera seguir preguntando, Niall se inclinó sobre sus labios y los atrapó en un beso lánguido y provocador. Dema-

siado sorprendida para devolvérselo, Marta se quedó inmóvil, expectante, buscando un sentido a sus acciones.

—Vamos, meiga —la incitó él, mordisqueando sus labios. Sus dedos descendieron hasta su cintura y la pincharon con cosquillas juguetonas. A su pesar, ella se retorció sin poder contener una risita—. Vamos —volvió a animarla, deslizando sus labios hacia su cuello—, esto no funciona si no me ayudas un poco.

Su cordura se revolvió en brazos de Niall y le dio una fuerte colleja a la lujuria que empezaba a poseerla. Le llevó todavía unos segundos reaccionar y, cuando por fin lo logró, él se separaba de ella y se arrancaba la camiseta sin apagar ni por un instante su sempiterna sonrisa, ahora cargada de malicia.

—Pero ¿qué haces? —exclamó Marta.

—¿A ti qué te parece? —preguntó, irónico.

—No lo sé, dímelo tú —replicó. Al ver su pecho gloriosamente desnudo frente a ella, el calor ascendió hasta sus mejillas y bajó la vista para que el hada no pudiera reírse de su pudor y su vergüenza—. ¿Por qué te estás desnudando?

—Prefiero piel contra piel, brujita. Pero si tienes otro capricho...

—Piel contra... —Las piezas encajaron de golpe en su mente con un crujido que la hizo parpadear. Alzó la vista y se obstinó en mirarlo a los ojos—. ¿Qué le has ofrecido a la Diosa, Niall?

—Un acto de vida —respondió él sin alterarse—. Podía haberle ofrecido cincuenta cosas más, pero con eso siempre te aseguras su ayuda —explicó con una sonrisa que decía «¿Ves lo listo que soy?».

Marta, en cambio, se sintió muy tentada a llamarlo imbécil de veinte formas distintas, pero su natural timidez y el miedo a los enfrentamientos que traía aparejado la mantuvieron callada con absoluta eficacia. Bajó la vista de nuevo y la concentró en sus manos, que Niall tomó y enlazó sobre su regazo.

¿En serio pretendía que...? Pero ¿cómo se le había ocurrido pensarlo? ¿Cómo...? Detuvo su airado discurso mental, suspirando por la súbita comprensión. Se le había ocurrido porque era él y era como era. Para Niall esto no significaba nada. Un medio para alcanzar un fin, quizá, o solo un momento más de diversión entre los muchos que intentaba procurarse a diario.

Pero ella no podía verlo de ese modo. Para Marta el sexo significaba algo. No juzgaba a aquellos que lo consideraban solo una diversión, ni le importaba que la gente que la rodeaba coleccionara

amantes como quien colecciona sellos —incluso intercambiándose los repetidos—, ni le preocupaba que no creyeran que el amor era una parte necesaria de la ecuación. Ella no había sido así jamás y no veía el motivo para cambiar, dijeran los demás lo que dijeran.

—Vamos, meiga, tu amiga no puede esperar mucho más —la animó Niall.

Salvo la vida de Laura, claro. Ese sí era un motivo para cambiar o, al menos, para hacer una excepción. El caso era: ¿podría hacerla?

—Mujer, parece que voy a matarte —se burló Niall—. Deja esa cara de resignación, brujita, o lastimarás mi ego. ¿No te parezco guapo? —preguntó risueño.

—Sabes que eres muy guapo —masculló Marta. Sus bromas no la estaban ayudando en lo más mínimo—. Ese no es el problema.

—Deja a un lado todas esas limitaciones humanas que te rondan por la cabeza, meiga —protestó él, con un suspiro resignado—. Esto no va de eso, no sigue esas reglas absurdas. Es lo que tenemos que hacer para salvar a tu amiga, aunque no funcionará si no quieres hacerlo de verdad. Pero quieres hacerlo. Yo lo sé y tú lo sabes. Y yo también quiero. Es más, ahora mismo me apetece mucho —concluyó en un tono que sonaba peligrosamente a victoria, acariciando su mejilla con dedos suaves como alas de mariposa.

Marta quería decirle que a ella le gustaba tomar las cosas con calma. Conocer a un hombre, quedar unas cuantas veces, tener un par de charlas agradables, empezar por unos cuantos besos e ir subiendo de nivel. Pero, claro, Niall no le estaba pidiendo una cita ni nada parecido. Para él esto no era diferente del ritual que habían llevado a cabo la noche de *Imbolc*: un modo de usar su magia, de devolver a la Diosa lo que ella les había dado.

Y Marta no estaba en absoluto convencida de poder verlo así.

Sí, se sentía atraída por él, claro. ¿Qué mujer con una sola gota de estrógenos en su cuerpo no se sentiría aturdida por su belleza? Pero para ella eso nunca había sido suficiente y no creía poder derribar todos los cimientos que había ido construyendo con paciencia a lo largo de su vida, todos los tabiques que sostenían sus creencias.

Y, aunque lo hiciera —y sabía que por Laura terminaría por lanzarse a los brazos del hada—, ¿qué pasaría después? Esa era la auténtica pregunta, y la respuesta daba forma a todos sus miedos. Si ella no era capaz de separar los sentimientos del sexo y esos sentimientos no existían antes, ¿no se volvería loco su cerebro inten-

tando adaptar a sus principios morales lo que harían los dos, y el sentimiento surgiría después? ¿Y qué haría ella entonces? Porque...

—Puedo oír desde aquí el ruido que hace tu cabeza al pensar, brujita —se burló Niall con lo que ella quiso interpretar como dulzura, si tal sentimiento era posible en él—. Y no lo entiendo. Supongo que es una de esas cosas humanas tuyas —meditó, sin dejar de pasear los dedos por su cara y su cuello, en una caricia tan suave que Marta casi podía fingir que no la estaba sintiendo—. Una de esas limitaciones, como las que te impiden usar tu magia en condiciones. ¿Tengo razón? —Ella asintió, sin atreverse ahora a mirarlo a los ojos—. Pues ayúdame a entenderlo —pidió él. Al ver que no contestaba, inspiró con fuerza, con un sonido impaciente—. Es un ritual, meiga. Una dádiva a la Diosa. Miles de hombres y mujeres se lo han ofrecido antes que tú. Es una celebración de vida. Y una mucho más divertida si se comparte con una mujer tan guapa como tú.

—No me halagues —protestó—. No hace falta que...

—Muy guapa —la interrumpió Niall con suavidad, atrayéndola hacia sí. Marta terminó en su regazo, con los brazos de él enroscados en torno a su cintura y sus labios acariciando los de ella sin dejar de dibujar una amplia sonrisa—. Vamos, brujita, juega conmigo. Laura nos necesita y yo te necesito a ti para esto. Juega conmigo, *a'ghrá* —musitó contra su boca.

Ella cerró los ojos y permitió que su cerebro registrara solo lo que quería oír. Sabía que Laura la necesitaba, pero dejó que el final de la frase de Niall resbalara por alguna recóndita esquina de su mente, así que escuchó solo que la necesitaba. Sin más, sin motivos ocultos, sin magia ni rituales. La necesitaba a ella, a la mujer, su cuerpo y sus caricias. Se convenció de que en su sonrisa había afecto y no victoria, que sus besos eran cariño y no lujuria...

Y sus defensas cayeron sin remedio y quedaron abandonadas sobre la hierba húmeda, junto al vestido que él le quitó de un tirón con una carcajada alegre.